

XXIII.

Vago en medio de las flores,
Y mi alma se abre con ellas;
Soñando voy, y mis pasos
A cada instante tropiezan.

Sostenme, mi bien, sin eso,
Ebrio de amor y de penas,
Rodaré al fin á tus plantas,
Y el jardín la gente llena.

XXIV.

Cual la imagen de la luna
En el fondo de las aguas
Tiembla, mientras ella el cielo
Cruza con segura planta;

De igual modo tu camino
Tú prosigues, mi adorada,
Y sólo tu imagen tiembla
En mi corazón sin calma,
Cuando con sus locas penas
Mi fiel corazón batalla.

XXV.

Su alianza concluyeron
 Nuestros pechos inflamados,
 Y uno contra otro estrechados,
 Del todo se comprendieron.

Tan sólo á la sonrosada
 Flor que inocente en tu pecho
 Se ostentaba, nuestro estrecho
 Abrazo dejó aplastada.

XXVI.

¿Quién inventó el reloj? ¿quién, dime, el tiempo
 En minutos partió y horas eternas?
 Un hombre helado y triste, que sentado
 Una noche de invierno fría y negra,
 Contaba con dolor la melancólica,
 Inacabable marcha de sus penas,
 Y el rumor del gusano que roía
 Con monótono ritmo la madera.

¿Quién, dí, inventó los besos? Una boca
 Inflamada de amor, dichosa y fresca,
 Que sus amantes besos derramaba
 Sin pensar que en el mundo hubiese penas:
 Era en mayo; las flores perfumadas
 Brotaban esparcidas por la tierra,
 Sonreía la luz, y enamorados
 Los pájaros cantaban en la selva.

XXVII

¡Cuál perfuman los claveles!
¡Cómo las claras estrellas,
Enjambre de abejas de oro,
Sobre la extensión serena
Y violada del cielo
Silenciosas reverberan!

Blanca y seductora brilla
La ciudad dormida y quieta,
Tendida de los castaños
A la sombra placentera.
Yo escucho el rumor que al viento
Da la acristalada puerta,
Y de una voz dulce el eco
Escucha mi alma, que tiembla.

¡Convulsión voluptuosa!
¡Emoción de encantos llena!

¡Tiernos y tímidos goces!
Escuchan las rosas bellas,
Y los ruiseñores cantan
Ocultos en la floresta.

XXVIII.

¿No he soñado ya otras veces
La dicha que pruebo ahora?
No eran los árboles mismos,
Las mismas flores hermosas,
Los mismos besos, las mismas
Miradas halagadoras?

¿No brillaba cual hoy brilla
La alta luna silenciosa,
Sus pálidos resplandores
Deslizando entre las hojas,
Que á nuestros castos amores
Prestaban su verde bóveda?
Los viejos dioses de mármol,
¿No se alzaban como ahora,
Custodiando nuestra dicha
Con su guarda silenciosa?

¡Ay! yo sé cómo se cambian
Esos sueños que la aurora

Del amor tiñe con dulces
Tintas de ópalo y de rosa;
Cómo las flores, marchitas
Miran al fin sus corolas;
Y cómo los altos tilos
De la enramada frondosa,
Por blanco manto de nieve
Truecan sus lucentes hojas.

Yo sé que un día cercano
Nosotros mismos, hermosa,
Llegaremos á hallar fría
La pasión que hoy nos devora;
A encontrar nuestra presencia,
Hoy nuestro anhelo, enojosa,
Y á olvidarnos... á olvidarnos,
Nosotros ¡mi bien! que ahora
Nos amamos con tal fuego
Y con ternura tan honda,
Y cuyos dos corazones
Hoy abrasados se tocan.

XXIX.

Los besos en la sombra arrebatados
 Y vueltos en la sombra,
 ¡Cómo embriagan de dicha y de alegría
 Y de ventura, el alma del que adora!

Mecida por dulcísimos recuerdos
 Y aun más dulces presagios de alegrías,
 Piensa entonces nuestra alma en muchas cosas
 Que en el futuro duermen escondidas.

Mas ¡ay! tanto pensar es fastidioso.
 Cuando un cuerpo gentil ciñen los brazos.
 Lloro más bien ¡mi amada! y que tus lágrimas
 Presten dulce consuelo á tu quebranto.

XXX.

Érase un monarca anciano,
 Su alma estaba fatigada,
 Su cabello estaba cano:
 Aquel viejo soberano
 Tomó joven desposada.

Érase un alegre paje
 Aun más rubio que el celaje
 Que anuncia la blanca aurora:
 Él la cola del ropaje
 Llevaba de su señora.

¿Conoces tú la canción?
 ¡Cuán triste en mi corazón
 Resuena y ha resonado!
 Sucumbir fué su misión;
 ¡Se adoraban demasiado!

XXXI.

Tras mucho tiempo extinguidas,
 En mi corazón florecen
 Las que alumbraron mi vida
 Imágenes sonrientes:
 ¿Qué hay en tu voz, que mi alma
 De tal modo se estremece?

¡No digas, no, que me adoras!
 ¡No digas, no, que me quieres!
 Yo sé que todo lo hermoso
 Que sobre la tierra crece,
 Amores y primavera,
 Por destino horrible deben
 Perecer en breve plazo.
 Morir en término breve!

¡No digas, no, que me adoras!
 ¡No digas, no, que me quierest
 Cierra tu boca, bien mío,

Y abrázame solamente.
 Cierra tu boca y sonríe,
 Sonríe feliz y alegre
 Cuando mañana estas rosas
 Ya deshojadas te enseñe.

XXXII.

Por la luz de la luna embriagada
 La flor del tilo su perfume esparce,
 Y los vientos y bosques se estremecen
 Del negro rui señor con los cantares.

—«Dulce es ¡por Dios! amado de mi alma,
 Bajo los altos tilos reclinarse
 Cuando vierten los rayos de la luna
 Su luz entre los claros del follaje.

»Mira esta hoja ¡mi bien! la forma tiene
 De un corazón que tierno palpítase;
 Por eso entre los árboles del bosque
 Sólo el tilo prefieren los amantes.

»Pero sonrías y mi voz no escuchas,
 Cual si en lejanos sueños te abismases,
 Dime ¡mi bien! refiéreme al oído
 Esos deseos que en tu pecho laten.»

—«¡Ah! con placer te lo diré ¡mi amada!
 Quisiera ¡oh cielos! que hasta aquí enviase
 El frío norte ráfaga de viento
 Que de nieve cubriera el ancho valle.

»Y que nosotros, en trineos bellos
 Pintados de colores, palpitantes,
 Entre el crujir del látigo que estalla,
 Entre el rumor del cascabel sonante,
 Bien envueltos en pieles, recorriéramos
 Las riberas desiertas y glaciales.»

XXXIII.

A la luz de la luna, yo ví anoche
 Leves pasar los elfos atrevidos,
 De sus campanas escuché los ecos,
 Y escuché de sus cuernos el sonido.

Cabalgaban con ricos paramentos
 En corceles brillantes y blanquísimos,
 Y rasgaban el viento más veloces
 Que una banda de cisnes sorprendidos.

La Reina, sonriendo, en la carrera
 Me hizo al pasar con la cabeza un signo.
 ¿Sonreía por verme nuevamente
 Enamorado y triste y pensativo,
 Ó fúnebre presagió su sonrisa
 Fué tal vez de mi muerte y mi destino?

XXXIV.

Por la mañana te envió,
 Aun cubiertas de rocío,
 Violetas que mi mano
 Cortó, al alba, para tí.
 Por la noche, frescas rosas
 Que al cubrir las tenebrosas
 Sombras el tendido llano,
 Pensando en tu amor, cogí.

¿Sabes tú lo que en tu oído,
 Con eco amante y rendido,
 Con lenguaje misterioso
 Dicen las flores de miel?
 Que me ames durante el día,
 Y que en la noche sombría
 Tu corazón cariñoso
 Sea á mi cariño fiel.

XXXV.

Tu carta dolor impío
 No me causa, aunque es amarga;
 ¡Ya no me quieres, bien mío!
 Pero... tu carta es muy larga.

¡Doce páginas de un corte
 Menudito y apretado!
 Es escribir demasiado
 Para dar un pasaporte.

XXXVI.

No temas que yo el secreto
 Venda de nuestra ventura,
 Aunque mi labio indiscreto
 Hable entusiasta é inquieto
 De tu espléndida hermosura.

Profundamente dormido
 Bajo ese manto de flores
 Y entre sus hojas perdido,
 De mis discretos amores
 Está el secreto escondido.

Y si entre las frescas rosas
 Lucen llamas sospechosas,
 No temas, hermosa mía;
 Nadie ya cree en tales cosas,
 Y lo creerán poesía.

XXXVII.

Los ecos con que llenara
 El día la primavera
 También en mis noches vibran
 Y también mis noches llenan.
 Sus ecos y sus reflejos
 Hasta en mis sueños se mezclan.

Como en paisaje encantado
 Hay en mis noches serenas
 Pájaros que entonces cantan
 Con melodías más bellas.
 Son las brisas más suaves,
 Y de la azul violeta,
 Más lascivo y más ardiente
 El perfume el viento llena.

También esplendor más vivo
 Las castas rosas ostentan,
 Ceñidas por limbos de oro

Como las rubias cabezas
 De los ángeles que adornan
 Los cuadros de las iglesias.

Yo mismo entonces ser creo
 Un ruiseñor que sus penas
 Y su amor canta á esas rosas
 Que ciñen áureas diademas.
 Y entona en mis dulces sueños
 Mi loca mente, que sueña,
 Armonías no escuchadas
 Y melodías soberbias.

Y todo dura tan sólo,
 Tan sólo el encanto llega
 Hasta que del sol los rojos
 Resplandores me despiertan,
 Ó despierto al alboroto
 Con que agitan la arboleda
 Esos otros ruiseñores
 Que, al brillar la aurora bella,
 Enfrente de mi ventana
 Mientras cantan juguetejan.

XXXVIII.

Por la bóveda del cielo
 Las estrellas encendidas,
 Silenciosas, silenciosas,
 Con sus pies de oro caminan;
 Temen despertar la tierra,
 Que fatigada y tranquila,
 Entre la discreta sombra
 De la noche está dormida.

Pero las selvas calladas
 Las escuchan y las miran;
 Verde oreja es cada hoja
 De la enramada sombría,
 Y en sus sueños molestanda
 Por inquietas pesadillas,
 Sus largos brazos de sombra
 Tiende la montaña altiva.

Pero ¿quién llama? resuena
 Con misteriosa armonía
 El eco de esos acentos
 En mi pecho que vacila.
 ¿Es la voz de mi adorada?
 ¿Ó es tan sólo la sentida
 Voz del rui señor oscuro
 Que en la enramada se agita?

XXXIX.

Es triste la risueña primavera,
 Y tristes son sus sueños;
 Sufre la fresca flor, y hay en el dulce
 Canto del ruiseñor dolor secreto.

¡Oh, no sonrías, no, bella adorada,
 Con gentil alegría!
 Lloras, sí, que una lágrima quisiera
 Con mis besos secar en tu mejilla.

XL.

Arrancar ya es necesario
 Cuanto en mi pecho se anida,
 Cuanto adora tiernamente
 Con delirio el alma mía.
 ¡Si vieras cuánto me cuesta
 El emprender la partida!

Ya veloz el coche rueda
 Sobre el puente, que vacila;
 Bajo del puente, del río
 Corren las aguas sombrías;
 Aun una vez ¡adiós! digo
 A mi ventura perdida
 Y á aquel corazón ingrato
 Que amé con idolatría.

Las estrellas en el cielo
 Melancólicas desfilan,
 Cual si de mi amarga pena

Huyesen despavoridas.
 ¡Adiós, mi bien! cuando cruce
 Zonas de remotos climas,
 Por todas partes conmigo,
 Por los llanos, por las cimas,
 Llevaré en mi alma tu imagen
 Melancólica y tranquila.

XI.I.

Los más ardientes deseos
 Florecen y se deshojan,
 Y florecen todavía,
 Y aun á deshojarse tornan.
 ¡Hasta la insondable tumba
 Así caminan las cosas!

Por mal de nuestros amores
 Sé tal verdad, vida mía.
 Mi corazón es tan sabio,
 Que en silencio lo adivina,
 Y en el fondo de mi pecho
 Ardiente sangre destila.

XLII.

El cielo el aspecto horrible
 Tiene, y la expresión siniestra
 De un cíclope solitario
 Con flotante cabellera
 De nubes grises y pardas
 Que al soplo del viento tiemblan.

Su mirada aterradora
 Dirige á la fértil tierra,
 Y hojas y flores perecen,
 Y hojas y flores se secan.
 Y el amor y las canciones
 De la ardiente primavera,
 También en el alma triste
 Se marchitan y se hielan.

XLIII.

Helado el corazón, triste, aterido,
Recorro el mundo, como yo aburrido:
 El otoño termina,
 Y cual sudario yerto,
 Cubre el paisaje muerto
Con húmedos vapores la neblina.

El viento silba al azotar las hojas,
Que de la selva, pálidas y rojas,
 Huyen con eco leve;
 Suspira la enramada;
 Se alza la bruma helada,
Y lo que es peor: llueve y más llueve.
